

YO VOY A SEDUCIRTE...

Terlengiz.

*Yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón.
Le devolveré sus viñedos, haré del valle de Acor una puerta de
esperanza;
Y ella me responderá allí como en los días de su juventud, como el día que
salió de Egipto.*

Os 2.16-17.

Oseas, es el profeta del Amor por encima de todo, partiendo de un historia que probablemente es la suya personal, un matrimonio desgraciado, ante la infidelidad de su esposa el no encuentra otro camino que seguir amándola a pesar de que sea una ramera, Oseas hace de su amarga experiencia un símbolo, a Dios con Israel le pasa lo mismo, a pesar de las continuas infidelidades, no encuentra otro camino que seguir amándole a pesar de sus pecados.

El pasaje que encabeza esta reflexión, es muy consolador tomado así tal cual lo leemos en la Biblia, aunque si escarbamos un poco y lo ubicamos en su contexto gana mucha profundidad.

Y tal vez lo primero será saber a que se refiere el profeta con la referencia al valle de Acor, un desgraciado episodio en la historia de Israel, uno de esos pasajes de la Sagrada Escritura que erizan los cabellos y hacen rechinar todas las ideas que podemos tener sobre Dios.

Lo podemos leer en el libro de Josué, cap., 7, Israel cae derrotado en una batalla, la culpa es de un persona que en vez de quemar todo el botín, se queda con parte de el, es castigo es cruel y despiadado, primero Israel es derrotado y deja un buen montón de muertos en el campo de batalla, después de identificar al culpable, es lapidado junto a todo lo suyo, esposa, hijos, ganado y todos son quemados en el valle de Acor, desde ese desdichado día, es sinónimo de desgracia, de castigo, de dolor.

Oseas y conviene leerse todo el segundo capítulo, antes de seguir con el, primero enumera todos los delitos de Israel y el castigo que se ha ganado a pulso, pero después de darle leña a gusto, le dice las preciosas palabras con las que he querido comenzar; te voy a seducir, te voy a enamorar, pero eso si, te voy a llevar al desierto, que es un recurso muy socorrido en la Sagrada Escritura, siempre que el Señor quiere meter en vereda a alguien o encontrarse con el, se lo lleva al desierto, que es tanto un lugar de refugio, como de purificación y crecimiento.

Elías, Moisés, encontraron refugio en el Desierto y también se encontraron con el Señor, Israel se pasó cuarenta años dando vueltas por el desierto para purificarlos y que crecieran como pueblo, Juan el Bautista vivía en el Desierto, y Jesús pasó cuarenta días en el antes de empezar su vida pública.

El desierto esa soledad poblada de aullidos, siempre ha sido un lugar especialmente propicio para tener una experiencia de encuentro con el Señor. Un lugar para escuchar al Señor decirnos al oído palabras de Amor, para darle una oportunidad de seducirnos y enamorarnos, darnos una oportunidad de tener una experiencia de Amor.

Una oportunidad para que pasemos del saber al sentir, porque saber, sabemos muchas cosas; sabemos que Dios nos ama, sabemos que nos ha rescatado, sabemos que piensa en nosotros con cariño, sabemos muchas cosas, pero necesitamos una experiencia de Desierto para que esas cosas que sabemos bajen del cerebro al corazón.

No se puede ser cristiano si no se ha producido ese encuentro en la hondura de nuestro corazón, en lo mas profundo de nuestro ser. Si no se produce ese encontronazo, podemos ser católicos incluso piadosos católicos, esa expresión que tan poco me gusta de ser practicantes,

practicantes de unos ritos que no entendemos porque hace siglos que hemos perdido su mas profundo significado y que seguimos repitiendo mecánicamente.

He escrito encontronazo, y no ha sido un desliz, sin duda cada uno tenemos una historia, Dios a cada uno se le muestra de un modo distinto, pero todos tenemos en común que el encuentro con Cristo marca un antes y un después.

Insisto a riesgo de ser pesado, que hablo de un encuentro vivencial y místico, incluso sentimental, no de una aceptación cerebral de Cristo en mi vida, no hablo aquí de un encuentro con Cristo que es ante todo un acontecimiento, algo que acontece en mi vida y la cambia para siempre.

Tenemos cientos de ejemplos en la Sagrada Escritura y en la Historia de la Iglesia; Pedro, Mateo, María de Magdala, Pablo de Tarso, Felipe, Zaqueo, Nicodemo, Ignacio de Antioquia, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Pablo de la Cruz, Juan Bosco, Teresa de Jesús, Teresa de Calcuta, etc.

Todos ellos tienen en común, esa experiencia del encuentro con Jesús, que les mira a los ojos y les llama por su nombre, aceptaron esa llamada y su vida cambió para siempre.

También nosotros somos llamados y si aceptamos la llamada igualmente nuestra vida cambiará, iniciaremos un camino absolutamente nuevo del que no sabemos nada, seremos conducidos al desierto sin mapas ni brújula, y será una etapa tan dura como fecunda, muy fecunda.

Vivimos inmersos en una sociedad cada vez mas pagana y hedonista, que rechaza el esfuerzo, el sacrificio y el dolor, una sociedad que esconde a los moribundos, a los ancianos y a cuanto nos recuerde que lo que de verdad vale, cuesta dolor y sacrificio.

Una sociedad que venera como iconos a los que son famosos por no hacer nada, que busca el placer a costa de lo que sea y que tiene como dios al dinero y el poder.

Encontrarse con el Señor, aceptarle y seguirle de todo corazón, significa situarse al margen del mundo que nos ha tocado vivir, implica ser un paria en muchos sentidos, y aún no hemos llegado a la sangre en el seguimiento de Cristo, pero no me extrañaría demasiado que lleguemos.

Encontrarse con el Señor es sentirse urgido a amar hasta que duela, somos urgidos a una entrega total, absoluta, sin reservas, somos urgidos a amar hasta el extremo y siempre ese extremo tiene forma de cruz.

En ninguna parte del Evangelio podemos leer que Jesús dijera que sería fácil seguirle, su promesa es estar con nosotros siempre, caminar con nosotros, no que fuera fácil, es mas avisa reiteradamente que el que quiera seguirle, que aprenda a cargar con la Cruz.

La llevaré al desierto, te llevaré al desierto, te despojaré de todo, te quebrantaré, y te hablaré al corazón, y convertiré el valle de Acor, cada uno que busque su Acor particular, el valle de tu pecado, el valle de tu desgracia, de tu dolor, de aquello que te pesa tanto que no te deja caminar, el valle de tu culpabilidad, el valle de..., en puerta de esperanza.

Si, has leído bien, puerta de esperanza, si te entregas al Señor totalmente, el abrirá una puerta a la esperanza en tu valle de Acor, si te entregas totalmente escucharás palabras cargadas de amor y ternura y responderás como en los días de tu juventud, dicho con otras palabras volverás al amor primero, volverás a dejarte conducir por el Señor.

Ojalá escuchemos hoy su voz, ojalá nos dejemos llevar al Desierto, ojalá no endurezcamos el corazón y cerremos la puerta a la esperanza.

Aunque estemos transitando o aún peor estemos acampados en el valle de Acor, aunque hayamos pensado que nuestra situación no tiene remedio, que no hay salida.

Ojalá, no olvidemos nunca que el Señor puede abrir sendas donde no las hay, que el Señor puede herir la roca y hacer brotar agua fresca en el desierto mas árido que nos podamos imaginar.

No importa lo mal que lo estemos pasando, y esto hay que repetirlo hasta aburrir, **NO IMPORTA LO MAL QUE LO ESTES PASANDO**, y para remachar mas el clavo lo digo con las palabras del apóstol;

“Considero que los sufrimientos del tiempo presente NO SON NADA, si los comparamos con la gloria que habremos de ver después”

Rm 8.18.

La esperanza nos sostiene en la tribulación, la esperanza y la certeza, sí, la certeza de que aunque mi vida sea un apestoso estercolero, el Señor puede hacer brotar un rosal cuyo perfume borre la peste del estiércol en descomposición.

Esto es el Evangelio, esta es la Buena Noticia; Aunque tu corazón sea un estercolero, lleno de inmundicia, Cristo puede y quiere acampar en El, quiere y puede con su suave olor, borrar la peste de tu basura, el quiere y puede convertir tu estiércol maloliente en compost fértil que sirva para abonar los campos.

¿Te lo crees? ¿crees de corazón que esto puede ser verdad? ¿Crees que Jesucristo quiere hacer su obra en ti? ¿Crees en su Amor Redentor?

Si crees, verás la Gloria de Dios, si crees verás tu Valle de Acor convertido en puerta de esperanza. Si crees veras tu estiércol trasformado en abono. Si crees, te dejarás conducir al desierto y espabilaras tu oído para escuchar la voz del tu Amado que quiere resonar en tu corazón.

Basta con Creer, y eso por cierto, es más difícil hacerlo que decirlo, porque creer de este modo, es abandonarse, entregarse, rendirse, confiar plenamente, confiar contra toda evidencia, si contra toda evidencia, creer en lo imposible, creer que si el Señor nos lo pide podemos caminar sobre las aguas.

Abramos el corazón, sin miedo, dejémosnos conducir al desierto, dejémosle al Señor sacarnos del valle de Acor, si, dejémosle, porque muchas veces nos revolcamos como los cochinos en nuestro propio cieno y no queremos salir de la charca por nada del mundo, parece como que si no tuviéramos problemas hay que inventarlos, hay algunos que siempre tienen alguna desgracia de la que quejarse y el día que no la tienen se la inventan.

Salgamos ya del Valle de Acor, el Señor quiere morar en nuestro corazón, quiere hacer en el su nido, quiere limpiar nuestra inmundicia, quiere trasformar el estiércol en abono, para que de nuestro corazón brote savia nueva.

No seamos como Gómer la esposa ramera de Oseas, que anda buscando cualquier catre para revolcarse con el primero que se le cruce en el camino, no seamos como Israel y tengamos que escuchar que el Señor dará su bendición a otro pueblo que de sus frutos a su tiempo.

El quiere salvarnos, pero como dijo San Agustín; Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti, la salvación es un regalo que tenemos que aceptar, que Dios quiere darnos pero que si no lo aceptamos va a tener que guardárselo.

Como a los ciegos que le salieron al camino, Jesús nos pregunta hoy; ¿creéis que puedo hacerlo? Pues que suceda según vuestra fe, aquellos dos desdichados, recuperaron la vista, (Mt 9,27-31), no se yo si nosotros abriremos los ojos, si que estoy seguro que nos sucederá según nuestra fe.

Todo se resume en esto, creer o no creer, si confiamos ciegamente en Jesús y nos entregamos a El, nuestra vida cambiará y cambiará a mejor, no nos va a tocar la lotería, no vamos a ser mas ricos, no nos va a sanar el reuma o lo mejor si, ya veremos, pero seguro que nada va a volver a ser lo mismo en nuestra vida.

Y termino con un pequeño apunte personal, esta reflexión la escribo en un tren camino de Madrid para asistir al encuentro Nacional de la Renovación Carismática, acabo de salir del hospital de hacerme unas pruebas que como siempre me las han hecho pasar canutas por ser fino, y al sentarme en el tren, me he puesto a orar y el Señor me ha puesto en el corazón estas palabras de Oseas, que he querido compartir con vosotros.

Y como estoy seguro que el Señor no me ama a mí mas que a nadie, estoy persuadido que lo mismo que a mí me ha convertido el valle de Acor en puerta de Esperanza, lo puede hacer también con todo aquel, que como esos dos ciegos se ponga ante El y le pida con fe.

Ven, Jesús, búscame,
busca la oveja perdida.
Ven pastor.
Deja las noventa y nueve
y busca la que se ha perdido.
Ven hacia mí.
Estoy lejos.
Me amenaza la batida de los lobos.
Búscame,
encuétrame,
acógeme,
llévame.
Puedes encontrar al que buscas,
tomarlo en brazos
y llevarlo.
Ven y llévame
sobre tus huellas.
Ven tu mismo.
Habrá liberación en la tierra
y alegría en el cielo.

S. Ambrosio.

